

Canto XXI del Paraíso: ser Cristal de Alta Caridad

Milton Andrés Delgado Díaz¹

Resumen

Dante con Beatriz retoman el camino en el séptimo cielo, Saturno. Beatrice, es la guía del viaje celestial, ayuda a avanzar en el recorrido con propiedad, visión y seguridad, con el objeto de que el poeta ascienda a los círculos del paraíso. La contemplación se convierte en un facilitador que ayuda a develar la imagen del hombre que ha trabajado por los bienes de arriba. El encuentro con san Pedro Damián, defensor de la Iglesia e ilustre en las letras, ofrece un mejor panorama, una visual elevada, como ambiciosa para despojarse de la precariedad de las riquezas terrenas, atravesar el paraíso, enderezar la ruta, con la fuerza del corazón y moderarse a sí mismo para entregar todo y alcanzar el paraíso.

Palabras clave: Dante, Beatriz, Pedro Damián, cristal, escalera, alta caridad, transfigurarse, transhumanarse.

Introducción

“La inteligencia que aquí es luz,
es sombra allá abajo:
así que piensa cómo podrían entender los hombres
lo que ni siquiera entienden por completo los elegidos”.
Dante Alighieri

Adentrarse en el Canto XXI del “Paraíso” de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, es dar paso a la aventura más cautivante, encontrar la joya anagógica que permite interpretar la escalera e ir escalando la humanidad para alcanzar los bienes de arriba, el paraíso celeste, y abandonar los bienes terrenales (cf. Col 3, 1-2) dejando círculos, fosos y pozos del purgatorio y del infierno; los escalos son importantes en el enlace que se da entre uno y otro para transmitir la energía que me lleva a un nivel más próximo del encuentro o regreso a Dios, quien le da sentido a la vida humana. Siguiendo la imagen paulina, el hombre nuevo se está renovando constantemente no tiene puesta su mirada en los fines terrenos, sino que ha fijado su mirada en lo alto, donde brilla una luz sobrenatural que supera todos los bienes de la tierra. Esto significa una radical transmutación de los valores de la vida del cristiano, pero de ninguna manera descuidando las obligaciones terrenas del cristiano (Mora, 2003, p. 968). Dante encauza la poesía con la belleza, aquella que se mira y cuanto más se ve más hermosa es.

El Teatro de la Memoria: Primera Escala - Guiados en la Búsqueda

El Canto XXI del Paraíso, el teatro de la memoria, presenta escenario, personajes y situaciones fáciles de retener. Los personajes históricos son el libreto de estudio, los espejos que hacen y guían a la imagen por descubrir, de ahí que para el poeta y para quien se involucra no deben ser ajenos e indiferentes, en los libros abiertos de Beatriz, Dante, Pedro Damián, que con sus perfiles ilustres posibilitan una lectura agradable, gustosa e imaginaria de lo que se propone el poeta crear, frases comunes de hondas significaciones con formas armoniosas y amenas, de hacer nuevas las viejas palabras y configurar las condiciones para la transfiguración.

Beatriz, quien personifica el amor y la belleza, continúa acompañando el sendero; la hermosa dama florentina crece en su belleza, brilla y alumbra al adelantar por las gradas del eterno palacio; su moderación, sobriedad o templanza preserva la vida del poeta, cuida de la descarga del rayo que es energía pura, acompañada de una luz (relámpago); ella es excelente, no deja escapar detalle, su capacidad asombra, se trata del séptimo cielo que corresponde a Saturno, el esplendor de los espíritus contemplativos.

¹ Presbítero de la Diócesis de Pasto. Especialista en Ética y Pedagogía, Fundación Universitaria Juan de Castellanos. Estudiante de Doctorado en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana - Medellín. Correo electrónico: milandres57@gmail.com

Con su dulzura Beatriz atrae la atención del poeta, a quien le ofrece una nueva orientación: “fija tu mente en pos de tu mirada, y haz de tus ojos un espejo para la imagen que se te aparecerá en este espejo.” (*Paraíso*, vv. 17-18), no es hora de la memoria, hay que darle paso a lo imaginario, ver la imagen desde dentro, desde su espejo, aquella imagen que se ha ido puliendo desde que entró detrás de la colina, hasta estar aquí, en la senda del paraíso; entre más se va retrayendo de su punto de partida y se aproxima a la gloria, su belleza perfecta se percibe.

Dante, el poeta enamorado de la patria y la humanidad, se inquieta, no está narrando, está percibiendo lo que refleja el semblante de Beatriz; sus ojos brillan al reparar en el rostro de su amada, lo que ella irradia lo llena, produciendo en él docilidad a la guía celestial, conocedora y observadora de Dios, pintura semejante a la estrella de Belén, que guio a los sabios de oriente hasta el salvador del mundo; “De pronto, la estrella que se les apareció en Oriente avanzó delante de ellos hasta detenerse sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría” (Mt 2, 9-10). En el gesto bonachón de la obediencia de quien escucha y no quiere quedarse bloqueado en los antiguos recintos, en los miedos de siempre, hace notar cuanto agrado produce escuchar a su belleza, el dominio de quien le instruye y sus cualidades, lo sublime, lo excelso y lo elevado, “aquello que resulta agradable a la vista y al oído”; resalta la figura de Beatriz, llena de gracia, ella, que leía en la vista de Aquel que lo ve todo (v. 50), el poeta recibe el reflejo de lo que ha visto.

Dante, el poeta que busca la luz, continuamente tiene un éxodo de constante retorno a lo íntimo de su ser en la medida en que el canto se desarrolla, reconoce que aun sus ojos no pueden seguir la luz; pero, en cuanto se va comprendiendo y distanciándose del ser inacabado y siguiendo la transformación, sus ojos captan los resplandores que bajan por los escalones. En la narración, Dante personaje es el propio narrador y, en consecuencia, se encuentra dentro y fuera de ella (Valero, 2012), dentro desarrolla el libreto de la obra y fuera escribe y cuenta lo que va sucediendo. Su narración es atractiva cuando se fusiona con la inspiración y trae a la sala de la cotidianidad el retrato clásico de la transformación de los amantes, el entusiasmo de Beatriz y el cristal giratorio permite a Dante transmutarse. “Es la contemplación del *rostro beato* de Beatriz lo que facilita a Dante pasar al otro lado. Esta contemplación no es producto de un arrebató, sino de una meditación continuada” (Valero, 2012, p. 157), el ensueño del poeta es intenso cual microscopio que se utiliza para acercar la imagen nítida de lo que es y debe ser.

Dante Alighieri está dedicado a la descripción del perfil de san Pedro Damián, quien es uno de los santos que se encuentran en el cielo de Saturno, en los espíritus contemplativos. San Pedro Damián fue un monje benedictino, un teólogo y un reformador eclesialístico en el siglo XI. Dante describe y ofrece una lectura cautivante de san Pedro Damián como un hombre erudito, que dedicó su vida a la búsqueda de la verdad y al estudio de la Sagrada Escritura. Él es descrito como un hombre humilde y piadoso, que se arrepintió de sus pecados y se dedicó a la oración y a la penitencia. También menciona que fue un defensor de la Iglesia y luchó en su tiempo contra la corrupción. La corona de luz que

rodea la cabeza de san Pedro Damián, lo que simboliza su santidad y su lugar en el cielo, es un vaso de cristal para beber el agua que sana todo.

En general, el perfil de san Pedro Damián en el Canto XXI del Paraíso es el de un santo venerable, austero, sabio y misericordioso, que es un ejemplo a seguir para ser seguidos de la gloria. “Aquel claustro producía fielmente para esta parte de los cielos, y ahora está tan vacío, que será preciso que lo sepa el mundo” (vv. 119-120). Ahora, con nostalgia evoca los frutos que antes se gestaban, quedó atrás la buena cosecha, la chagra abandonada y polvorienta; en la llanura amplia se escucha el clamor del viento, el terreno y las herramientas aguardan la mano del labriego; tal vez se refiere a la transformación del monasterio en abadía en la época de Juan XXII.

El poeta pone en labios del santo una breve y eficaz narración autobiográfica: la predilección por los alimentos frugales y la vida contemplativa, y el abandono de la tranquila vida del convento por el cargo episcopal y cardenalicio. En realidad, el uso del capelo como símbolo de la dignidad cardenalicia no se prescribió hasta la mitad del siglo XIII con Inocencio IV. La estampa de Pedro Damián es muy valiosa “en cuanto experto en las artes de la literatura y la elocuencia, equiparable nada menos que al gran Tulio” (Valero, 2012, p. 168) porque muestra el perfil del monje ascético o el monacato, y con su temple estuvo al lado de los Papas como “enviado mensajero de Paz” (Sgarbossa, 2007).

Pedro Damián muestra el rostro original de la Iglesia, de aquellos que deseaban ser libres y felices a través de una vida solitaria, en la búsqueda más perfecta, desde la exquisitez evangélica y el seguimiento del Maestro de Galilea. El monacato es uno de los aspectos más originales e interesantes dentro del cristianismo a partir del siglo III. Antes era solo un grupo de hombres dedicados a la vida solitaria, elección hecha por voluntad propia (Fiche, 1977, p. 329). “Y todo aquel que haya dejado casas, hermanas, padres, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna” (Mt 19, 29). La abundancia desbordante de la vida hace florecer la vida humana, transfigurarse.

... de una familia muy humilde de Rávena. A los treinta años ingresó en el convento camaldulense de Fonte Avellana, cercano a Gubbio, en el monte Catria, que según la tradición visitó el propio Dante. Fue prior y posteriormente obispo y cardenal, cargos a los que renunció tras haber mostrado un gran celo contra la simonía y la corrupción eclesialística (vv. 130-135), volviendo de nuevo a su monasterio, famoso éste por la severidad de la regla. Solía firmar como Pedro Pecador y representa la figura del antihumanismo. Murió en Faenza en 1072. (Alighieri, 1995, L1507)

Que necios para entender y de ahí que se haya dejado en el pasado el testimonio de Pedro y Pablo que abrazaron con ímpetu la pobreza, confiados en la providencia divina, de ahí estos versos “Vino Cefas y vino el Santo Vaso del Espíritu, flacos y descalzos, tomando en cualquier sitio la comida” (vv. 127-129).

El poeta sigue contando que se empezó a mejorar la vista en la experiencia iniciada en la montaña, un movimiento cristiano que se refugia en los montes y desiertos para vivir la pureza, el silencio y el encuentro con su propio espíritu, en el presente abandonado y, en consecuencia: “los modernos pastores ahora quieren que les alcen la cola y que les lleven, tan gordos son que deben ser sujetos de ambos lados. Con mantos cubren sus cabalgaduras, tal que bajo una piel marchan dos bestias: ¡Oh paciencia que tanto soportas!” (vv. 130-135). Se deslumbra e impacta externamente con los exuberantes ropajes, que desnudan la indigencia interna, una luz artificial que no alumbra, el agujero negro es notorio, se reclama el traje sobrio, prenda externa que proyecta la luz esplendorosa de una flama que se nutre de la lámpara sagrada.

No es fértil el campo, ni hay brisa de hojas verdes, espesa la nube que opacó la luz, el siervo abandona el camino, la templanza se cambió por la gula, el pie que abraza a la hermana tierra dejó sus huellas en el pasado, se hizo habitual el pie al aire de quien lo levanta lo más alto posible para no ensuciarse, ya no se monta el animal del siervo, se procura la cabalgadura del príncipe real, de forma divertida y llena de plasticidad es esta caricatura que Dante nos presenta de los lustrosos personajes de la curia papal. En este escenario viene a actuar el amor entrañable de un Dios paciente ante la frágil humanidad, que lee y conoce la escala para avanzar. Juan Miguel Valero Moreno (2012) reconoce que Dante Alighieri gustó de la figura emblemática de Pedro Damián.

Del erudito y el retórico, de quien conocía tan de cerca la literatura pagana como las sagradas escrituras, de quien sabía calibrar las mieles de la materia y de la razón humana y pese a todo era capaz, con plena conciencia, de renunciar a ellas y argumentar esa renuncia. Pedro no era sólo un visionario, un iluminado o un fanático: constituía la imagen de quien trasciende, poniendo en juego todos sus talentos, memoria, entendimiento y voluntad, para llegar hasta Dios. (p. 168)

Desde la habitación carente de dotación y amoblado, la celda fue la mejor morada de la edificación de los espíritus contemplativos, las piedras vivas ensambladas en la arquitectura del amor, para restaurar la pureza de su creación.

Lo relevante es que a partir de este séptimo esplendor Dante no «mira hacia», sino que «mira dentro». Por indicación de Beatriz cambia de ojos y de perspectiva ... El ojo se cierra al exterior para mirar hacia el interior. Una vez dentro no es el ojo, en propiedad, el que mira, sino la mente, de la que el globo ocular sirve como espejo. La figura es la propia mente que se corporeiza o incorpora en el reflejo especular, donde se muestra como apariencia. (Valero, 2012, p. 157)

En cada uno de los personajes citados se puede leer y ver como en un espejo, aunque la habilidad es del poeta, que supo poner los espejos y el cristal en el lugar más conveniente para emprender el viaje al interior del espíritu, pues en este escalón ha hecho una lectura amplia, completa y gustosa, que involucra en la perspectiva de la corriente mística cristiana la moderación que preserva de la corrupción y conserva la pureza en la genuinidad de la “alta caridad”.

El Orden Implicado: La Segunda Escala - Discernir para Encontrar

En el orden implicado una cosa lleva a la otra, pero todas se entrelazan y forman un conjunto comunicativo en verso, prosa y comparación. Al ascender al paraíso celeste, en la segunda escala de la escalera la meditación del mensajero y el receptor vuelven una y otra vez sobre las características de las escenas, para hallar en todo lo plasmado por el poeta la armónica cohesión, la mirada exclusiva al rostro de la dama, con la máxima atención, su ánimo hace que no haya otra cosa que observar. Ella no sonríe, la sonrisa de Beatriz es de baja intensidad, si la produjera plenamente a Dante le ocurriría lo que le pasó a Semele, personaje de la mitología griega, ella era una princesa de Tebas y madre de Dionisio, el dios del vino y la fertilidad. Semele era amada por Júpiter quien se disfrazó como su amante humano y tuvo una relación con ella. Juno, celosa disfrazada de vieja convenció a Semele que le pidiera una prueba a Júpiter, que se le revelara en su verdadera forma como dios. Júpiter, incapaz de negarle su pedido, se le reveló a Semele como el dios supremo y su fulgor la quemó, pero rescató a su hijo aún en gestación y lo colocó en su muslo hasta que nació. Su hijo Dionisio la rescató de los Infiernos y se la llevó al Olimpo donde tomó el nombre de Tione (Alighieri, 2007, p. 267).

Beatriz no quiere que nada los detenga en su recorrido, aun sabiendo que su belleza brilla más cuanto más asciende, si no tuviera dominio de sí resplandecería tanto que la fuerza mortal perecería ante su fulgor, de manera similar a la narración yahvista que cuenta el caso de la mujer de Lot, el justo; hay que percibir la intervención del mismo Dios, la mujer de Lot no atiende a las señales, por tanto muere al omitir el mensaje (cf. Gn 19, 17), se vuelve para mirar atrás y no soporta las llamas del fuego que abrazan a Sodoma y Gomorra, como lo hace Júpiter con Semele, ella queda transformada en una estatua de sal en evidente alusión a las figuras solitarias que abundan en la región producto de la erosión y la salinidad del aire. Pero es genial, una y otra narración, en esta Abraham se encuentra subiendo al amanecer a un monte para contemplar el vapor que sube desde el sur, como un horno. Esta narración medita que el rescate de Lot es porque Dios se acordó de Abraham (Andiñach, 2005, p. 392). Como Dionisio se acordó de su madre para sacarla del infierno, los hijos salvando a los hijos de sus padres.

En este canto se indica donde está ubicado el cielo de Saturno, donde se encuentran los espíritus contemplativos, que ahora se halla en conjunción con la constelación de Leo (Alighieri, 1995), de la que dice que está situada bajo el pecho del ardiente León, conocida desde la antigüedad. Saturno, que da nombre a la séptima esfera («cristal») fue el dios que rigió la mítica edad de oro, aludida ya en varias ocasiones. Indica a Saturno, bajo cuyo reinado tuvo lugar la paradisiaca Edad de Oro (Infierno, XIV, 96). Hay que advertir cómo Dante se complace en hacer concordar la cultura clásica con la concepción bíblico-cristiana. Para la Edad de Oro Dante se inspira en el Libro I de las *Metamorfosis*. “Surgió la inocente humana raíz; aquí con su mayor inocencia. Aquí es perpetua la primavera, lo mismo que todos los frutos, y estas aguas son el néctar que tantas veces fue objeto de alabanzas” (Purgatorio, XXVIII). (Alighieri, 2007, p. 156).

En la secuencia de la narración, se hace alusión al cristal de Saturno, “rodeando el mundo, el de su rey querido bajo el que estuvo muerta la malicia, de color de oro que el rayo refleja contemplé una escalera que subía tanto, que no alcanzaba con la vista” (vv. 25-30), desde el inicio del canto hasta esta parte quien ha guiado y orientado consecutivamente es la hermosa imagen creadora, de aquí en adelante puede ver y soportar las luces que antes percibía como reflejo en los ojos, rostro y cuerpo de Beatriz; los pájaros aparecen en este camino, escucha una nueva voz, la de Pedro Damián, el narrador repite las palabras para sí, “que yo decía entre mí” (v. 44).

El rayo solar convoca a las aves que evocan las apariciones o manifestaciones escatológicas, para revelar la plomada del caos y el nivel del vacío (cf. Is 34, 11), o los que alimentan a Elías, “he dado orden a los cuervos que te suministren alimento, los cuervos le llevaban pan por la mañana y carne por la tarde” (cf. 1Re 17, 4-6), figura de la Eucaristía, aquello que reúne y congrega, de ahí que el poeta relate que las cornejas o grajos reunidos al amanecer para dar color a sus alas las mueven, mientras unas se alejan sin volver, retornan al punto de donde salieron, otras revolotean en el sitio; un retrato de la cotidianidad de los cristianos presentes aquí para ver los fulgores que habían ido descendiendo, hasta que se detuvieron en un escalón determinado, cual si estuvieran ahí en este poema dando la bienvenida a la luz, que da vida y energía, en cambio en la epopeya griega, *la Ilíada*, el poema más antiguo de la literatura occidental, vuelan desesperados en una metáfora sobre la huida frente a la muerte o la frialdad:

Como vuela una bandada de estorninos ó grajos, dando horribles chillidos, cuando ven al gavián que trae la muerte a los pajarillos; así entonces los aqueos, perseguidos por Eneas y Héctor, corrían chillando horriblemente y se olvidaban de combatir. (Segalá, 1910, p. 290)

A propósito, Valero (2012) anota: “el cuervo y/o su familia es ave principal en las mitologías germánicas y célticas (cfr. Bran Vendigeit, Branwen, Lug)” (p. 156).

Después del espectáculo de los grajos, se advierte que la música no se aprecia en esta esfera, no se canta por la misma razón que la dama no sonríe, ahora su diálogo es más abierto pues lo hace con Beatriz y Pedro Damián; la hermosa de florentina le dice: “he descendido por las gradas de la escala Santa, solo para recrearte con mis palabras y con la luz de la que estoy revestida, en esta escalera hay un amor más ferviente que el mío” (vv. 64-69). Hasta que nos topamos con la alta caridad, el amor generoso que todo cambia, una entrega total a Dios y a los demás sin pensar en los propios intereses o deseos. En la vida contemplativa, la alta caridad es esencial ya que el objetivo es buscar la unión con Dios y servir a los demás como un acto de amor a Él.

La auténtica caridad hace surgir siervos por una opción libre, me ofrezco a alcanzar la fuente y reproducir la caridad; el amor en la vida contemplativa se expresa de muchas formas como la compasión, el perdón, la paciencia, la humildad, la generosidad y el servicio a los demás. El contemplativo trata de vivir estos valores en su vida diaria, para

que su amor por Dios se refleje en todas sus acciones, relaciones y destino (misión o tarea); el amor vivido en un grado superior permite iniciar la subida y dejarse conducir, en la certeza de que observa, no lo engaña y por eso emocionado exclama: “veo la sagrada lámpara” (v. 73), la imagen indica que quien guía e ilumina el camino del narrador es la luz divina, “la eterna Providencia” en su retorno a la verdad y a la espiritualidad, el amor mundano no es suficiente para seguir el camino en la providencia divina. El narrador manifiesta la renuncia al amor terrenal y hace opción por seguir la voluntad Divina, lo que sugiere una vida guiada por principios religiosos.

La luz divina eleva a Dante a ver la suma esencia de la misma caridad, produce alegría que hace brillar, porque a la claridad de la visión le añade la luz que lo rodea, una experiencia excepcional que ni siquiera el serafín que está más cerca del cielo puede concretar o satisfacer con sus respuestas a las preguntas. La mente que en Saturno es luz, en la tierra es humo.

Por otra parte, la descripción que hace el poeta al resaltar a Catria, es la referencia de un peldaño en la escalera de la oración, considerada como el punto en el que el cielo toca a la tierra (Dufour, 2005. p. 557). Altura entre las costas italianas, montes no muy lejanos de tu tierra, tanto que el trueno suena más abajo, y un alto forman lo que se llama Catria, monte de Italia, es una montaña en los Apeninos centrales, en la provincia de Pesaro y Urbino, región de las Marcas, Italia central, bajo el cual hay un yermo consagrado dispuesto únicamente para adorar.

Dante Alighieri menciona la montaña de La Catria en el Canto X del Purgatorio. En este canto, Dante y su guía, el poeta romano Virgilio, se encuentran con el espíritu de Guido Guinizelli, poeta italiano que fue uno de los fundadores de la poesía lírica italiana. Guinizelli habla con Dante sobre la importancia de la poesía y la literatura, y menciona la belleza de la región alrededor de La Catria donde había pasado parte de su vida. Dante estuvo en aquel sitio, como Pedro Damián y Pedro Pecedor, en la morada de nuestra Reina junto al mar Adriático. En la abadía de Santa María de Rávena (Alighieri, 1995).

La iglesia de San Vital de Rávena (San Vitale di Ravenna) es uno de los templos más importantes del arte bizantino y, como otros de la misma ciudad, se reformó por deseo expreso del emperador Justiniano a partir de construcciones anteriores, con el objetivo de acelerar la integración de los territorios conquistados por el Imperio bizantino (en el 402, Rávena fue la capital del Imperio romano de Occidente, en tiempos del emperador Honorio, y en el 493 fue la capital del reino ostrogodo de Italia, en tiempos de Teodorico). La obra se financió con el dinero del acaudalado banquero Juliano Argentario, de origen griego (aportando una cantidad aproximada de 26 000 besantes de oro), y fue supervisada por el arzobispo de la ciudad, Maximiano, quien la consagró en el año 547. (Iglesia de San Vital de Rávena, 2001, párr. 1)

En el Canto XXI del Paraíso, el poeta hace referencia a varios cantos anteriores de la obra. En particular, al canto XIX del Paraíso donde habla de San Francisco de Asís, del fino amor (alta caridad) expresado en la pobreza, la lucidez y el gozo, al canto XX, donde habla de la visión de Dios que tuvo San Bernardo. Además, en este canto, Dante continúa su discusión sobre la naturaleza de la luz divina y su relación con la creación, un tema que ha sido recurrente a lo largo de la obra.

En este orden implicado no puede pasar desapercibido el Canto XXII del Paraíso, los resplandores que descienden por los escalones del Canto XXI se hacen concretos en los versos de este, en los espíritus ilustres, o las almas bienaventuradas y los espíritus contemplativos (vv. 30-33), cien pequeñas esferas que comunicaban recíprocamente sus hermosas luces. Se adelanta el más hermoso y el más brillante de esos luceros o perlas; imagen similar a Pedro Damián: Y aquel que más cercano se detuvo, era tan luminoso. Este lucero le empieza a hablar interiormente, es san Benito, quien presenta a los otros personajes que conservaron un corazón perseverante. Ahora el poeta puede ver la luz, cuando llegue al fin de la escalera podrá ver el rostro, en la última esfera. Al igual que Pedro Damián, lamenta el estado actual de las instituciones religiosas, el declive monástico en especial de su propia orden benedictina, su regla es un eslogan decorativo para gastar papel, las abadías son cuevas de ladrones, sus hábitos son sacos de harina descompuesta y los monjes engordan, es de no creer; "Pedro cuando comenzó no tenía ni oro ni plata, yo comencé con oraciones y haciendo ayunos y Francisco montó su convento basado en la humildad. Sin embargo, estos caminos se fueron degenerando y lo blanco se volvió negro". Se considera que es san Benito quien habla y al terminar se va hacia la escalera y empieza a subir al cielo; ha sido descrito en los versos 28-30 como "el más luminoso de aquellos luceros" (Alighieri, 2007, pp. 222-223).

Síntesis Anagógica: Tercera Escala - Ser Cristal de la Alta Caridad

La síntesis anagógica es el punto clave para involucrarse, untarse y quedar impregnado de la bondad del Canto XXI. El primer hallazgo, la más alta Caridad y el segundo el Cristal. "En el cristal que tiene como nombre, rodeando el mundo, el de su rey querido" (vv. 25-26), en la esfera del cristal encontré la posición de privilegio que ofrece, desde ahí se puede ver, escuchar y proclamar la alta caridad, que se expresa a través del símbolo de la escalera. La Palabra anagógica es compuesta "Cristal de la Alta Caridad".

[Dentro del cristal] el «cristallo» o cristal es una estrella (en este caso errante) de forma circular y brillante, y su nombre es Saturno ... cuyo reinado, según la mitografía, proporcionó al mundo una edad de oro, según se suele interpretar «sotto cui giacque ogni malizia morta» (v. 27). Dante vio una escalera dentro del cristal o planeta [pudo observar la escalera como se ve un barco dentro de una bola de cristal]. Desde su posición inicial Dante ve la escalera descendiendo desde lo alto ... Esto es, en realidad debemos mirar la escalera al revés, desde donde nace y no hacia donde se proyecta. (Valero, 2012, pp. 158-159)

El narrador describe la contemplación en la que ve una escalera de oro que se eleva en lo alto, es tan alta que no se puede ver su final. El "cristal" que se menciona en el verso 25, se refiere a la esfera de cristal o el cielo que, según la creencia medieval, rodeaba la Tierra y separaba la esfera terrenal del resto del universo. El cielo o paraíso es considerado como la morada de Dios, los ángeles, las almas, santos, ancestros, y se creía que estaba compuesto de materiales transparentes como el cristal y el oro (Cielo, 2023).

La "escalera" del Cántico XXI simboliza el camino que debe seguir el ser humano para llegar a la esfera de los espíritus contemplativos. La escalera de oro representa la perfección divina, y el hecho de que la escalera se eleva tan alto que no se puede ver su final sugiere que el camino hacia Dios es infinito y nunca termina. Este verso sugiere una visión mística y simbólica de la ascensión hacia Dios y la perfección divina, que se representa en la imagen de la escalera de oro.

Después de contar que ha estado en los montes, lugar de oración, cuando la luz de la gracia establece su morada en el hombre este no puede dejar de elevar el alma a Dios, es atención y escucha, descubrir la verdad profunda en apertura a la comunión y una mirada contemplativa, sentir el amor y hacerlo resplandecer en una verdadera revelación, ver con la luminosidad de Dios, el destino del ser humano es encontrar y obrar con el sentido de la vida. A eso Dante lo va a llamar "transhumanarse", que se halla en el canto I de paraíso, verso 70 y, como puede verse, apela a la experiencia personal para entender este concepto de "alta sabiduría mística", o, como le gustaba decir a San Juan de la Cruz "sabiduría de Dios escondida", que es la caridad que da el itinerario del hombre hasta Dios, su encuentro con él, purificación de sí y su transformación en él (González de Cardenal, 2001, p. 318), la elevación: Transhumanar es un efecto de la luz, entrar en la oscuridad de la montaña y salir radiante con lo que nadie nunca ha visto, solo quien grita ¡Eureka! lo descubrió; en este Canto XXI la esfera de cristal da la nitidez y hace ver la escalera de oro, símbolo para ascender al paraíso celestial.

El símbolo de la escalera cobra vigencia en un terreno más fértil que el de los demás, en la espiritualidad monástica. Guigo II presenta una joya de la literatura espiritual, la escala de los monjes, que se encuentra en la carta de la vida contemplativa; los cuatro peldaños de la escalera espiritual: la lectura de la Palabra, la oración, la meditación y la contemplación. Esta es la escalera de los monjes por la cual se sube al cielo, una escalera de pocos escalones, pero de inmensa e increíble altura. Su parte inferior está apoyada en la tierra y su parte superior penetra las nubes y escruta los secretos del cielo (cf. Gn 28, 12) (Granado, 1999, p. 291).

² Bajo el cual la mentira y toda malicia está muerta.

La lectura consiste en el estudio diligente de las escrituras con atención de la mente, en el caso presente del Canto XXI. La meditación es la actividad de la mente que con ayuda de su propia razón estudia e investiga el conocimiento de la verdad secreta. La oración es la orientación amorosa del corazón hacia Dios, para apartar los males y alcanzar los bienes espirituales. La contemplación radica en la elevación sobre sí misma de la mente que queda suspendida en Dios, al saborear los gozos de la dulzura eterna (Granado, 1999, p. 293).

La función de cada uno de estos peldaños: la lectura investiga y escucha la dulzura de la vida bienaventurada que se espera que favorezca la interpretación en los retratos, la meditación la encuentra, la oración la pide, la contemplación la saborea. La lectura sirve a la boca un manjar sólido, como cada verso del canto para entender en el teatro de la memoria, la meditación la mastica y la tritura, el orden implicado, la oración le saca el sabor, la riqueza de la alta caridad y la contemplación es la dulzura misma que alegra y conforta en el acceso al resplandor que revela lo que hay que hacer, para hacerlo no requiere de los sentidos sino de la alta caridad; la lectura está en la corteza, la meditación en la enjundia, la oración en la súplica del deseo, la contemplación en el deleite de la dulzura alcanzada. "Quién subirá al monte del Señor el hombre de manos inocentes y puro corazón" (Salmo 23) (Granado, 1999, pp. 294 -295).

El alma no puede alcanzar por sí misma la deseada dulzura del conocimiento y de la experiencia, y que cuanto más se acerca a lo profundo del corazón tanto más es Dios exaltado, se humilla y se refugia en la oración diciendo Señor no eres visto sino por los corazones limpios (cf. Granado, 1999, p. 296). Los cuatro escalones se reclaman entre sí y se complementan, la vida espiritual se representa por medio de una escalera siempre en ascenso que transforma a una nueva concepción estar cerca, recibir la luz esplendorosa y majestuosa del todo amoroso.

Dante Alighieri describe que la alta caridad ha destinado a las almas en el Cielo Saturno a servir a Dios, quien gobierna el mundo. En otras palabras, la "alta caridad" se refiere a un amor o caridad divina que lleva a ofrecerse como siervos, nada me obliga, lo hago porque quiero alcanzar los bienes de lo alto y la mejor manera es dedicar la vida al servicio como el siervo de los siervos. Esta caridad es la que permite hacer una opción, la de la minoridad, ser el último de todos y servir con amor, devoción y vocación; el verso 70 también sugiere que el destino de las almas en el Cielo está determinado por esta caridad divina, lo que implica que la única forma de llegar al Cielo es a través del amor, el recogimiento y la piedad. La alta caridad se refiere al amor divino y la gracia de Dios. Dante está sugiriendo que ha comprendido el amor divino de una manera profunda y personal, lo que indica que ha alcanzado un nivel de comprensión mística y espiritual, ahora puede entender en el silencio las melodías que capta con la intuición ya no con los sentidos, sino con el espíritu de quien sabe contemplar extasiado de pasión.

Una palabra importante en el Canto XXI es "caridad". Dante describe la visión de los espíritus de los bienaventurados que forman una gran rosa en el cielo, simbolizando el amor divino que los une en una comunidad armoniosa. Este amor se representa como la "caridad", un amor incondicional y todo amoroso que supera cualquier otra forma de amor, incluso el amor de la dama florentina, es mucho más pureza, riqueza, libertad y paz.

El amor de los contemplativos refleja una fuerza del sumo bien, de amar con el corazón, con la mente y el espíritu; con la caridad trascendente abrió la ventana por la cual vio el mundo y comprendió la esencia del universo, como lo expresa el verso mágico del Canto III: "Puerta ninguna cierra nuestro amor a un justo anhelo, como el de quien quiere que se parezca a sí toda su corte" (v. 45).

En fin, la alta caridad es el cristal esencial en la vida de quien desea transformarse ya que a través de él contempla el amor a Dios y el de los demás. El contemplativo asciende por la escalera retornando a Dios y se ofrenda a vivir una vida de amor y servicio a los demás, lo que le lleva a experimentar una gran paz y alegría interior.

Conclusiones

No sé si haya escrito mucho o poco, solo sé que el tiempo me abrazó, el símbolo de la escalera y el anhelo visionario de identificar la palabra anagógica que, según mi criterio, está compuesta por el cristal y la más alta caridad que es el fuego que hace comprensible ver y entender el símbolo, la escala espiritual que tiene vida propia si se trasciende. El teatro de la memoria con los personajes luminosos me guió en la búsqueda, el orden implicado permitió discernir para encontrar y la síntesis anagógica me llevó a la contemplación con recogimiento, a estimular la intuición de la visión, transhumanar, en la vía espiritual trascendiendo la visión corpórea y la mental, para decir que hay que ser cristal de la más alta caridad, como lo es el todo amoroso.

Los espíritus contemplativos siguen aleccionándonos, ya que con la escala espiritual podemos hacer un itinerario de transfiguración, vivir permanentemente en la montaña en medio del mundo bullicioso, de la cual sacamos lo que nadie puede sacar, utilizando el cristal de la alta caridad que lleva a lo más íntimo y profundo del ser transhumanado, "luego dijo el amor que estaba dentro: Desciende sobre mí la luz divina" (vv. 82-83).

Que los guías me permitan leer las imágenes, que el Cristal me haga ver las escalas, que la escalera de la mística espiritual me ayude a ascender y la alta caridad me lleve a trascender a los bienes superiores con la misma percepción de los espíritus contemplativos y la riqueza del todo amoroso.

Referencias

- Alighieri, D. (1995). *Divina Comedia*.
<https://ciudadseva.com/texto/divina-comedia-paraíso/#L1499>
- Alighieri, D. (2007). *Divina Comedia*. Panamericana.
- Andiñach, P. (2005). *Comentario Bíblico Latinoamericano, Antiguo Testamento*. Verbo Divino.
- Cielo (religión). (2023, 29 de agosto). En *Wikipedia*.
[https://es.wikipedia.org/wiki/Cielo_\(religi%C3%B3n\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Cielo_(religi%C3%B3n))
- Dufour, L. (2005). *Vocabulario de Teología Bíblica*. Herder.
- Fiche, M. (1977). *Historia de la Iglesia, Tomo III*, EDICEP.
- González de Cardenal, O. (2001). *Cristología*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Granado, C. (1999). *Guigo II. Carta sobre la vida contemplativa (escala de los monjes)*. Proyección.
- Iglesia de San Vital de Rávena. (2023, 23 de noviembre). En *Wikipedia*.
https://es.wikipedia.org/wiki/Iglesia_de_San_Vital_de_R%C3%A1vena
- Mora, P. C. (2003). *Comentario Bíblico Latinoamericano - Nuevo Testamento*. Verbo Divino.
- Segalá, L. y. (1910). *La Iliada de Homero*. Montaner y Simón.
<https://www.elejandria.com/libro/descargar/la-iliada/homero/83/108>
- Schökel, L. A. (Traductor). (s. f.). *La Biblia de Nuestro Pueblo*. Bibliatodo.
<https://www.bibliatodo.com/la-biblia/Biblia-de-nuestro-pueblo>
- Sgarbossa, M. G. (2007). *Un Santo Para cada Día*. San Pablo.
- Valero Moreno, J. M. (2012). Paradiso XXI. D(e)fense del sentido literal. *Quaderns d'Italià*, 17, 149-170.
<https://revistes.uab.cat/quadernsitalia/article/download/v17-valero/326-pdf-es>